

Julio Antonio Mella: ¿Qué pasa en Cuba?

Julio César Guanche

Para Juan Orlando Pérez

Julio Antonio Mella, al cumplir cien años de nacido, hojea las publicaciones cubanas del momento. No encuentra una biografía que lo satisfaga sobre su vida, no ve un trabajo suyo publicado en la última década, encuentra con dificultad un par de textos sobre su obra y escucha su nombre repetido de escolar en escolar, con parigual entusiasmo e ignorancia. ¿Qué ha pasado en Cuba, o al menos, qué ha pasado conmigo?, se pregunta.

Dos cuadernos compilados por Alejo Carpentier en 1960, dos antologías preparadas en 1971 y 1975, unos apuntes biográficos editados en 1977, una antología de pensadores marxistas latinoamericanos aparecida en 1985, entre otras publicaciones no mayores que las mencionadas, no parece suficiente atención nacional sobre uno de los fundadores del comunismo cubano.

Antes de 1959 la administración de su olvido era una necesidad de la hegemonía capitalista, pero sucede que también fue pospuesto por el comunismo cubano de la hora. Sería por insolente y librepensador, o por su admiración hacia Lenin y Trostky, o por haber cometido pecados tan imperdonables para cierta moral comunista como dejarse retratar desnudo y acostarse con la mujer de un camarada, o por haber cumplido diecinueve días sin comer en un acto individualista, o por haber sido sancionado por el primer Partido Comunista de Cuba, o por todo ello junto, pero lo cierto es que Mella, un líder natural, tuvo dificultades para ser aceptado sin reservas por muchos compañeros de viaje.

Si la sensualidad se admitiese como arma revolucionaria, Mella hubiera podido ser utilizado como agitador de multitudes y quién sabe hasta dónde habría hecho trocar el juego fatal de las fuerzas históricas. Pero lo cierto es que, aunque por otras vías, contribuyó a trastocarlo todo decisivamente en Cuba. Al ser asesinado en 1929 Mella se acercaba a ser un líder continental. Había gestado en Cuba la revolución universitaria que puso la Universidad en manos de los estudiantes —al menos por dos días—, y que a la larga resultó el movimiento de reforma universitaria más importante emprendido en la República burguesa; había sido capaz de colocarse al frente del movimiento obrero, con el tiempo una de las fuerzas más sólidas de la sociedad civil cubana; y había fundado el primer Partido Comunista de Cuba e integrado su Comité Central y, al marcharse al exilio, su vinculación con el comunismo mexicano le valió ser nombrado secretario general —en funciones— del Partido Comunista de ese país. Ningún otro de su generación hizo lo que él ni vio hasta donde él alcanzó. Esto, antes de cumplir 26 años. Su figura devino un símbolo vital y su convocatoria resultó eficaz para movilizar a juventudes que, con diversas ideologías, estuvieran empeñadas en cambiar el futuro de Cuba.

Sin embargo, después de 1959, con un régimen revolucionario en el poder y siendo reconocido masivamente como uno de los paradigmas de la juventud cubana resulta sintomático que sus escritos debieran esperar diecisiete años para ser recogidos en una muestra amplia, aunque omisa de una zona de su creación, y que hasta hoy no se haya escrito la biografía, desbordante y compleja, que merecen sus veinticinco años de vida.

Mella fue el autor de una profunda literatura política, pero quizás no trascienda tanto por ella como por su contribución al perfil del intelectual en Cuba.

Comparada su escritura con la de otros pensadores de la época no parece la suya de mucho vuelo, sobre todo si se contrasta con la literatura de ideas, culta y con vocación de estilo, de Aníbal Ponce o de José Carlos Mariátegui. Lo que tiene de refinamiento la escritura de Ponce, lo tiene de premura la de Mella. Su tono va del análisis social a la mera agitación con la misma sintaxis, arrebató y hondura con que le decía a Tina Modotti: “¿explícame qué amor es este que me lleva a la desesperación?”

Mella mantuvo posiciones erráticas, o cuando menos muy polémicas, respecto a temas centrales. El joven intelectual que llegó al marxismo ya en medio de la lucha social, pensó que la cuestión indígena se subsumía dentro de la estructura clasista, en la creencia de que la penetración capitalista convierte “a los indios, mestizos, blancos y negros en obreros”. En su discusión con el ARPA afirmaba: “porque algunos [indios] viven todavía en un estado de ‘comunismo primitivo’, nos hablan [los del ARPA] del ‘comunismo incaico autónomo’ y de tomar como base para el movimiento comunista a las comunidades de indios, en un estado todavía bárbaro, sociológicamente hablando”¹. Al hacerlo, Mella no entendía bien la configuración étnica de las poblaciones americanas, ni la condición marginalizante, en mayor grado, del capitalismo periférico, que consigue *precarizar* aún conservando diferencias de origen. A contrapelo de Martí, Mella no alcanzó una dimensión política del concepto de naturaleza, como legitimidad de otras visiones civilizatorias, y rindió así culto inconsciente a la modernidad oficial. Esa visión, si bien es propia de la corriente central del marxismo europeo, tenía en América Latina una tradición de pensamiento crítico que afirmaba la singularidad y legitimidad del complejo cultural del continente.²

La visión del intelectual en Mella, “existe una realidad en la lucha social: el antagonismo entre obreros e intelectuales”; “el intelectual debe *robar* al obrero una parte de la ganancia que el capitalista le extrae”³; participa por momentos de la visión antintelectualista que desconoce la producción de valor en la obra espiritual, como si la importancia del trabajo intelectual radicara en la valoración económica de sus resultados. Mella argumenta, y en ello le falta un tratamiento más complejo a la figura del intelectual, que la única clase en rebeldía permanente es la obrera y el intelectual es capaz únicamente de aspirar a la reforma y a los “remedios caseros para aliviar”, hasta que se da cuenta que la clase obrera no puede liberarse sin liberar a las demás clases y se entrega a la lucha revolucionaria.

¹ Mella, Julio Antonio. “¿Qué es el ARPA?”, en *Mella, documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 424. En lo adelante, todas las citas de Julio Antonio Mella se refieren a esta edición. p. 384

² La obra de Andrés Bello, y su exigencia de una democracia latinoamericana diferente a la estadounidense, la de Juan B. Alberdi, y su reclamo de una filosofía americana, y la de Martí con su idea de que no echaría a andar la América si no echaba a andar el indio, son ejemplos cimeros de ese pensamiento.

³ “Nuestras enfermedades infantiles”, p. 425

Mella comete la ingenuidad de pensar que la revolución de las comunicaciones sería el caballo de Troya de la civilización industrial capitalista, obviando el asunto del poder, ínsito a cualquier construcción social. “El dominio del aire [se abría entonces la posibilidad de la comunicación aérea] marcará también el derrumbamiento del sistema capitalista y el comienzo de la construcción socialista”⁴, escribe Mella en “El dominio del aire”. En su defensa, podríamos agregar que si Demócrito podía viajar a una velocidad no mucho menor que la disponible por Rousseau y éste, a su vez, a una velocidad no mucho menor que la utilizable por Carlos Marx, en cambio, en 1928, año en que Mella publica este texto, Lindbergh había atravesado el Atlántico Norte, de Nueva York a París, en 35 horas, y existía un estado febril de invenciones en la aerodinámica. Pero no basta el entusiasmo. El viejo mito del progreso se recicla con regularidad. Sería como creer hoy que la falta de calidad democrática de la gestión pública puede resolverse con una red informática al alcance de todos. ¿Quién la pondrá al alcance de todos?

Cuando Mella afirma: “para todo artista honesto la forma no es más que el vehículo de expresión de una idea”, “la gran falta política del libro [*La Zafra*, de Agustín Acosta] –y de aquí su pesimismo final— es que está escrito con criterio intelectualista y no histórico materialista dialéctico”⁵, sus criterios estéticos se dan de narices con sus propios maestros: con Martí, que no le perdonaba a la poesía ser menos bella por ser patriótica; con Marx y su obsesión por la palabra exacta y el estilo; con los formalistas rusos y la libertad creativa que abrió la Revolución de Octubre, empeñada —mientras pudo— en demostrar que el arte es libre o no es arte; con Lenin que, después de visitar una exposición de artes plásticas, y aún habiendo reconocido antes su falta de conocimientos en ese campo, dijo que aquellos serían bolcheviques pero no eran pintores. Esto para no comentar ya la *boutade* del criterio *histórico materialista dialéctico* que deben poseer las obras literarias para su corrección política, según el comentario de Mella sobre *La Zafra*.

Cada cual es hijo de su circunstancia y su cultura. En la Cuba de la época, el asunto en el que no cabía errar era la definición del problema central de la Isla: la dependencia estructural y la imposibilidad de la política existente para generar un cambio esencial. De aquí el hallazgo de

⁴ “El dominio del aire”, p. 439

⁵ “Un comentario a *La Zafra* de Agustín Acosta”, pp. 495 y 496

Mella: al joven intelectual no se le ocurrió irse a entrenar en los Estados Unidos, como su amigo el poeta Rubén Martínez Villena, para bombardear el Palacio Presidencial cubano; sabía que la revolución provendría de la sociedad civil. Durante siete años estuvo donde debía estar: en el centro de la organización de casi todo lo que faltaba por movilizar en Cuba: los movimientos obrero y estudiantil, un Partido Comunista, una liga continental, una prensa revolucionaria. La obra de Mella tiene el valor perdurable de hacer avanzar la crítica puntual, correctora y prospectiva de lo real hacia el territorio árido del anticapitalismo, donde la crítica engloba las bases del régimen, y ha alcanzado la comprensión de que el problema está en el sistema mismo.

Mella tiene el mérito, con *Las Glosas al pensamiento de Martí*, de buscar dónde podían encontrarse Martí y Marx sin desmedros respectivos, sin necesidad de justificar la “debilidad” martiana al no suscribir las ideas de Marx y dedicarle unas líneas duras al germano. En esa apertura, que ni desconoce la herencia cultural ni la considera un legado pasivo, que la confronta con las ideas nuevas sin echar ninguna a un lado, que es capaz de colocarse *ante* el mundo desde *su* mundo, está la fluencia poderosa de la corriente que vislumbrara Mella, que va más allá de las calidades intrínsecas del texto, de los títulos bastos de los epígrafes y de su estructura simple, y que deja planteada la necesidad de

“ver el interés económico social que ‘creó’ al apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria: estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario. Etc.etc.”⁶

Con su inmersión profunda en los orbes universitario y del sindicalismo obrero, con las páginas que escribió —sin las cuales quedaría incompleta una historia de las ideas en Cuba—, con la promoción que realizara de las ideas socialistas en el campo intelectual internacional, con su personalidad sumamente atractiva y contradictoria, y su sensibilidad, Mella demuestra, si hiciera falta todavía, que se puede producir una obra de valor intelectual, no *a pesar* del

⁶ “Glosas al pensamiento de Martí”, pp. 268-269

compromiso ideológico y la implicación en los hechos políticos, sino *desde* ellos. Si las creencias políticas fuesen indiferentes al acto de la creación, e incluso le resultasen un estorbo, ¿significarían lo mismo —como recuerda Mella— Hermes y Prometeo, Demóstenes y Alejandro, Catilina y Cicerón; los poetas, filósofos, historiadores y tribunos de la Revolución francesa y los poetas, filósofos e historiadores (pues tribunos no podían existir) de la época de Luis XIV? ¿No tiene sentido hoy hablar de *intelectuales* y *de tartufos*?

Mella personifica un compromiso esencial con la verdad: el compromiso que afirma la identidad del ser en cualquier circunstancia, se ejerce desde la libertad y mira siempre a la esperanza —aunque solo sea por amor a los desposeídos, como decía Walter Benjamin.

Mella revalida en el perfil del intelectual público en Cuba el elemento radical, que entiende insuficiente el rol de conciencia crítica, se encamina sin prejuicios hacia la toma revolucionaria del poder y reclama una ética cardinal en el intelectual. “Los hombres que dirigen o les hablan a los estudiantes tienen que ser, como decía Díaz Mirón, firmeza y luz como el cristal de roca”, dijo Mella al impugnar el recibimiento a Vicente Blasco Ibáñez en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Esa ética sigue siendo válida hasta hoy. Ahora, que asistimos a resurrecciones, rescates y olvidos, debiera recordarse que para Mella una inteligencia luminosa no disculpaba una moral fangosa. Cuando Mella dijo sobre Blasco Ibáñez que “a nadie se le ocurriría meter en su casa a un malhechor sabio y culto, mucho menos homenajearlo”, sus palabras fueron objeto de polémica en la Universidad. Igual lo serían hoy, aunque ellas no atañen a la censura, sino a la verdad.

De la ciudad letrada, Mella es el ciudadano incómodo, el que no se limita a la decencia política y la virtud cívica, arriesga la conducta y la palabra, denuncia al impostor y al cobarde y dice *no* cuando es preciso hacerlo. Al ciudadano incómodo le pedirían una y otra vez “moderación”, cual le solicitaba Bouffon a Helvecio para que éste “fuera más feliz”, como si la Inteligencia debiera encontrar la felicidad en los piélagos del cinismo.

El deber ser intelectual, aquí y ahora

La conciencia de un *deber ser* de los intelectuales para con su país es una tradición reconocible en el movimiento intelectual cubano. Martí es el intelectual público por antonomasia en la historia de Cuba, la prueba fáctica de que la participación cívica no es subsidiaria del rigor ni de la profusión y hondura de la obra intelectual, y de que es falsa —y aviesa— la disyuntiva entre poeta *o* político. En el siglo XX, los intelectuales que solo tuvieron interés por la política “universal”, ni fueron mayoría ni produjeron el pensamiento de mayor calado en el cuerpo de la cultura cubana. La Sociedad Cubana de Filosofía puede ser el mejor ejemplo de un pensamiento que se desentendió de la política y la sociedad, y no ocupó luego un lugar de relieve en la comprensión de la vida cubana.

La idea de que el intelectual debe hablar *sobre* y no *desde* el poder, que hace ver con prejuicio la relación entre ambos, es un *continuum* de la ideología liberal que afirma la autonomía del campo de lo económico con respecto a la esfera de lo político. Este pensamiento, proveniente de la primera burguesía y contrapuesto a la herencia helénica que suponía la unión entre lo social y lo político, fue formulado por el liberalismo como dicotomía entre Sociedad Civil y Estado. Lo que en sus inicios fue una respuesta a la efectiva disociación entre el *ancien regime* y la lógica económica capitalista —y representó un enunciado liberador para la civilización occidental—, se entiende todavía por exclusión: la Sociedad Civil es todo lo que no *es* el Estado. Los intelectuales, al ocupar un hábitat privilegiado en la sociedad civil, estarían desvinculados del Estado, con independencia de que algún miembro del gremio llegue a ocupar puestos públicos de importancia. La concepción opuesta ha formulado la idea del *intelectual orgánico*, como aquel que recupera la unión entre lo social y lo político en función de reproducir la hegemonía de una clase. En el subtexto, se parte de la idea de que el Estado *es* la sociedad política, los medios tradicionales de dominio político —policía, ejército, tribunales— *más* la sociedad civil, el espacio donde se generan sentidos, las instancias de socialización y de producción de valores, y en el cual ocupan sitio de privilegio los intelectuales. O sea, el intelectual no es un mero interlocutor del poder político, es parte de él, asiste a una hegemonía u otra, y cumple siempre una función ideológica.

Cuando un sistema político reclama el apoyo de los intelectuales, ofrece dos caminos a las adscripciones: la integración por la vía del privilegio, la cooptación, el control, la conveniencia y el miedo; o la participación por el camino de la afinidad electiva, de la existencia de un espacio para agregar adhesiones y demandas, de aceptar y rechazar cambios, de la creencia trascendente en los valores sobre los que se erige el sistema, y de la aprobación del trazo general de su implementación práctica. Estos caminos, como todos, tienen sus recodos, sus cruces, y pueden hacer sentirse a gusto a alguien con un pie sobre cada uno.

La intelectualidad socialista tiene una historia difícil. La figura del intelectual comprometido carga la tara que le impuso no una nomenclatura de funcionarios mediocres, sino el autoritarismo, la ignorancia y la represión que fue consustancial a un modo de ejercer la política en nombre del socialismo. Cuando se tiene vedado a alguien que en la década del treinta pudo decir, refiriéndose a la Unión Soviética, que “la caída de la dictadura burocrática actual, sin que fuera reemplazada por un nuevo poder socialista, anunciaría, también, el regreso al sistema capitalista con una baja catastrófica de la economía y la cultura”⁷, no se puede culpar de la carencia a los sucesivos editores que dejaron de publicar *La revolución traicionada*. El único culpable es el miedo, por diversos que sean sus ropajes, y el sistema de control extendido hasta “las últimas estribaciones del sentido común”. “Ese marxismo de los miedos —decía Alfredo Guevara en célebre polémica con Blas Roca— *nos repugna*: no es la ideología de la revolución, sería su mortaja.”⁸

Las circunstancias de un país en revolución trastocan necesariamente las concepciones tradicionales sobre la economía, el cambio social, la conciencia crítica y el papel del intelectual. Saint Just, en la Convención que decidía el procesamiento de Luis XVI o su pase expedito hacia la guillotina, sentenció en apoyo a Robespierre: “ese hombre [Luis XVI] debe reinar o morir”. Al hacerlo, sabía que la radicalización o la renuncia son los únicos caminos que le quedan a las revoluciones cuando son llevadas al borde por las fuerzas que la combaten. En esas situaciones extremas, siempre será complicado tramitar la crítica social, abrir el campo de la creación intelectual y reconocer la legitimidad de diversos sectores sociales para formular discursos sobre

⁷ Trotsky, León. *La revolución traicionada*, Pathfinder, Nueva York, 1992, p.206

⁸ Guevara, Alfredo. “Aclarando las *Aclaraciones*” en *Revolución es lucidez*, Ediciones ICAIC, La Habana, 1998, p. 213

la realidad —y permitir además que estos puedan operar con eficacia sobre ella. Pero si hacerlo es complicado, resulta también imprescindible.

¿Cuál es la causa del desinterés, si en efecto existe, hacia Mella en nuestros días? Esta sería una causa probable: que su vida y obra es materia obligada de la educación escolar, por lo que su figura resulta muy conocida y ya no hay nada nuevo que pueda añadirse sobre él. En otro plano de análisis, distintas serían las razones hipotéticas: la despolitización del campo intelectual cubano; la apatía ante la *res publica*; la pretendida caducidad del modelo de intelectual comprometido que Mella, como pocos, representa; el desinterés hacia el marxismo en sí mismo, hacia las perspectivas socialistas al abordar los problemas de Cuba; la reacción ante la politización de todas las instancias; y la devaluación de la política misma. Aunque podría ser también, al final, que solo tenga que ver con la lucha por la sobrevivencia, con los sesenta pesos que paga una revista cubana por un ensayo histórico social y por el imposible telúrico de publicar textos con ciertos tonos y temáticas en el circuito intelectual.

El centenario de Mella, o sirve para contribuir a plantear problemas, o la evocación no servirá para sostener su presencia más allá de los discursos. Preguntar qué ha pasado en Cuba con el fundador de la FEU debe conducir también a preguntar qué ha pasado con la figura del intelectual comprometido en Cuba, qué modalidades ha adoptado en nuestra historia y cuáles de ellas son las arquetípicas de la Revolución y cuáles su negación. Asimismo, equivale a inquirir por el estado del pensamiento social cubano, por la existencia de un clima que lo promueva, por la disponibilidad de un sistema de publicaciones y de discusión pública sobre sus resultados y por la posibilidad que tiene de operar sobre la realidad desde dispositivos institucionales. Al mismo tiempo, significa indagar por la recuperación crítica del pasado cubano, por el destierro de las zonas oscuras y los cuentos de hadas, y por la probabilidad de registrarlos en toda su complejidad y amplitud.

Preguntar por Mella es hacerlo también por Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Raúl Roa, Pablo de la Torriente, Nicolás Guillén, Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio Portuondo, la Sociedad Nuestro Tiempo y revistas como *Mediodía* y *La Gaceta del Caribe*. Pero es indagar también por otros cubanos, “marxistas desconocidos” según les llama Ana Cairo,

como Jorge Vivó, Sandalio Junco, Aureliano Sánchez Arango, Juan Ramón Brea, Antonio Guiteras. Es reconocer que son virtualmente desconocidos en Cuba pensadores como Pablo González Casanova, Samir Amin, Fredric Jameson, Paulo Freyre, Franz Hinkelammert, James O'Connor, Eric Hobsbawm, Michael Löwy, Adolfo Gilly, Leonardo Boff. Es contestar si las ausencias de éstos son más importantes que las de otros pensadores no marxistas, premarxistas, posmarxistas y antimarxistas que son también desconocidos entre nosotros. Si Carlos Marx fue un intelectual comprometido, entonces su divisa debería ser catecismo para la formación de las presentes y futuras generaciones de intelectuales comprometidos: “Temo al hombre de un solo libro”.

De Mella, me interesan más sus elecciones. Hay una calidad del valor a prueba de las consignas y las liturgias viriles. La del torturado que muere sin delatar, asombra siempre; pero hay otra tan difícil como esa, que precisa ser ejercida todos los días: la de pensar en libertad. Mella fue un hombre libre y ese solo espectáculo es capaz de rendir de admiración. Hay tanta cobardía en la vida diaria, en los minúsculos asientos de la existencia, que un hombre valiente puede correr únicamente la suerte de los profetas: ser apedreado o fundar escuela. Cuando leo a Max Korkheimer diciendo que al hombre le han quitado todas las metas salvo la de la autoconservación, (“el hombre intenta convertir todo lo que está a su alcance en un medio para ese fin”), pienso en Mella derribado a balazos en la calle Abraham González diciendo “Muero por la Revolución”. ¿De dónde si no de la libertad radical puede nacer una meta en la que va la vida? ¿De dónde puede surgir el compromiso esencial sino del instinto de la vida? La *ethica* vital e intelectual de Mella se encontró, sin haberlo leído, con el Maestro Deshimaru, cuando este remarcaba la incapacidad de la filosofía occidental de ponerse al servicio de la vida cotidiana de los seres humanos. En *Fonógrafos y hombres* Mella dice, refiriéndose a los primeros, que “la erudición mató en ellos la verdadera cultura”, mientras que para los segundos, los hombres, “la cultura es un reflejo de la vida actual”. (Pienso asimismo en Alejandro Barreiro, quien junto a Mella y Leonardo Fernández Sánchez fundó en 1928 en México la Asociación de los Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos, vagando loco por la cárcel después de que sus hijas de quince y diecisiete años fueran violadas ante él y su esposa.⁹ ¿Qué es preciso sentir para, después

⁹ El 18 de diciembre de 1929, la policía mexicana asaltó la casa donde vivía exiliado Alejandro Barreiro, secretario general del partido Comunista de

de haber conocido la demencia y el dolor, la atrocidad y la muerte, subsista todavía la esperanza de la libertad?)

Cuando se decida nuevamente cuál es el problema fundamental de la filosofía, y se formulen otra vez las utopías del futuro, habrá que recordar el reclamo que emerge de la obra de Mella: ¿quién se preocupará por un niño muerto de frío en una mina boliviana? ¿Y quién se preocupará de aquella criatura nacida de Julio Antonio Mella, que éste enterró una noche a escondidas en un cementerio por carecer de dinero para los funerales? ¿Será completamente cierto que el hombre piensa, siempre, como vive?

Santiago y La Habana, marzo de 2003

Cuba. Las hijas de Barreiro fueron violadas ante los ojos de sus padres y luego encarceladas. Los miembros de la familia fueron encerrados en celdas separadas. Barreiro se volvió loco en la cárcel debido a los sufrimientos psíquicos ocasionados por los maltratos infligidos a sus hijas. Folkets Dagblad Politikien, (Órgano del Partido Comunista Sueco), 8 de febrero de 1930, en el archivo del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, D.F., México.